

Final de “La malasangre”

Después de un momento llega Juan Pedro a visitar a Dolores.

-Juan Pedro: Hola, ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está Dolores?

-Madre (hablándole al padre): ¡Todo esto es tu culpa!

-Padre: Yo hice lo que debía hacer ¡No puede ser que contratamos un profesor y termina involucrándose con nuestra hija!

-Madre (se genera mucha tensión): Eres un maldito, eso es lo que eres. ¿No te das cuenta que Dolores no te dirigirá la palabra nunca más?

-Padre: A mí no me importa eso. Haré que me hable a la fuerza, que me respete y me quiera. Soy su padre y hago lo que es mejor para ella, ¿tú pretendías que nuestra hija se case con un jorobado y pobre?

-Madre: Lo que menos me importaba era que fuera jorobado y pobre. ¡Yo solo quería que nuestra hija fuera feliz! Pero tú eres un estúpido y lo peor de todo es que yo soy más estúpida por habértelo contado.

-Juan Pedro: ¡¿Dónde está Dolores!?. Iré a buscarla, yo la haré entrar en razón. Después de todo (refiriéndose al padre), usted tiene razón, Dolores no podría casarse con un jorobado, pobre y encima feo de ver.

-Madre (ahora refiriéndose a Juan Pedro): Ve a buscar ya a Dolores, este imbécil (Benigno) la encerró en la habitación de arriba.

-Juan Pedro (sube rápidamente las escaleras y abre la puerta): ¡Noooooooo! ¿Dolores que hiciste, que has hecho?

La Madre y el Padre suben a la habitación para ver qué pasaba y encuentran a Dolores con un cuchillo clavado en su corazón, al lado del cuerpo de Rafael.

Enrique Z.

FINAL DE PUERTA CONDENADA

Llegó la noche y Petrone ya estaba cansado, por lo que, apenas llegó al hotel fue directamente a la cama de su habitación. Esa noche durmió bastante bien, y no se despertó en ningún momento, debió ser porque estaba exhausto.

Ya era viernes, su último día en Montevideo, y las cosas de tornaron de maravilla. Terminó todos sus trabajos y volvía a Buenos Aires con una sensación de victoria, estaba tan feliz que mientras conducía por la ruta regreso a casa, cantaba y reía. De repente las luces se apagaron, todo estaba oscuro y ni siquiera la luz de la luna iluminaba algo. Asustado bajó la velocidad, pero ya era tarde... Una imagen blanca de un niño muy pequeño apareció frete al auto, Petrone realizó una violenta maniobra y perdió el control del auto. Todo terminó en completa oscuridad y tranquilo.

Al otro día un camionero que pasaba por allí vio el auto estrellado contra un árbol. Se bajó inmediatamente, fue hacia el carro y abrió una de sus puertas, pero no había nada, tan sólo encontró una nota que decía: "Ahora él me va a cuidar, ya que espantó a mi mamá."

MUERE BÁRBARO UNITARIO.

En el día de ayer, un joven unitario murió en el Matadero. El salvaje rondaba los veinticinco años y paseábase a caballo por las calles internas del lugar, dirigiéndose hacia Barracas. Testigos del lugar dijeron que murió debido a una discusión que prodújose en el Matadero. Al parecer el canalla habría iniciado una pelea con los trabajadores del lugar. Así comenzábase la discusión hasta que el salvaje unitario, cegado por la ira murió de repente, con su nariz y boca llena de sangre.

El Restaurador vuelve a Buenos Aires

Después de visitar las provincias del interior, el gobernador de la provincia de Buenos Aires vuelve a su provincia. El restaurador será recibido con un gran acto esta tarde a las 16.00 horas. Todos los compatriotas deberán asistir con la divisa que los identifica y de luto debido a la muerte de la esposa de nuestro querido restaurador.



¡Viva el Restaurador!

Continuidad de los parques

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

MUERE UN JOVEN UNITARIO EN LA SALA DE LA CASILLA

¿Valiente o desquiciado? ¿Rebelde o Demente? No sabríamos con que adjetivo definir al unitario fallecido en el confuso hecho de ayer.

Este joven cajetilla venía montando su caballo como los gringos por la calle y tomo la mala decisión de ir hacia el matadero. Los Federales advirtieron su llegada desde lo lejos y no dudaron en atacarlo. El verdugo fue un tal Matasiete, que se encontraba en la calle y acaba de degollar a un toro indomable. Matasiete derrumbó al joven del caballo y lo increpó con su daga. Su idea era asesinarlo pero justo se escuchó la voz del juez que obligó a los presentes a llevarlo a la casilla.

Ya en la sala, los griteríos de la chusma pedían verga y tijera para el pícaro unitario, que estaba pálido por la furia.

El juez comenzó a dialogar con él, pero este era incorregible. Se defendía a todas las cosas que le decían. Le cortaron sus patillas y luego fueron por el bigote. La discusión continuó y decidieron atarlo para desprenderle sus ropas. El salvaje se resistía y rugía de rabia.

Sus fuerzas se habían agotado, entonces comenzaron a desnudarlo, pero ocurrió un hecho inesperado. Un torrente de sangre brotó de la boca y de la nariz del joven. Era tanta la furia acumulada que estalló. El juez se quedó sorprendido, porque su intención era solo demostrarle la supremacía restauradora. Lo desataron y se fueron.

Este fue el fin de otra proeza federal. Que se embrome el salvaje unitario. Nadie lo mandó a enfrentar a los valientes Federales.

Mathías E.

FINAL ALTERNATIVO “LA PUERTA CONDENADA”

Bueno, que se embromara. No era más que una histérica, ya encontraría otro hotel donde cuidar a su hijo imaginario.

Al llegar la noche, pensó que le costaría desacostumbrarse a los llantos del niño. Sin embargo, estaba muy contento con el hecho de poder descansar tranquilo, sin que nadie lo perturbara. Era su última noche en Uruguay de todas maneras. A la mañana siguiente fue a terminar el negocio que tenía pendiente y pasado el mediodía partió rumbo a Buenos Aires. Llegó aproximadamente a las siete de la tarde y como era temprano, fue a tomar un café al hotel Continental. Ya en el bar del hotel, se puso a pensar que será de la vida de la señora y su hijo imaginario. ¿Habría encontrado otro hotel? ¿Habría ido a un psiquiatra? Por momentos se sentía mal de haber forzado la salida de la señora, pero luego pensó que era lo mejor para ella y para el hotel.

Volvió a su departamento en Flores y cuando estaba por entrar, vio que alguien se había mudado al lado del suyo. Le pareció raro que nadie le hubiese avisado. Fue a hablar con su nuevo vecino para intentar ayudarlo a acomodarse. Cuando vio su cara, se quedó petrificado. Era la mujer del hotel.

Todas las noches volvería a escuchar el ruido que tanto lo atormentaba.

José María C.

Final de “La puerta condenada”

Esa noche podría dormir mejor, ya no tendría que aguantar aquel llorisqueo falso, que no se escuchaba fuerte pero no podía dejar de prestarle atención. Al llegar la noche se recostó sobre la cama, con la esperanza de dormirse al instante pero no lo consiguió. Dio vueltas y vueltas sobre la cama, extrañaba el llanto del niño, tanto silencio era molesto. Así se le ocurrió intentar fingir el sonido del llanto de un niño, con el cuál se dormiría a los pocos segundos.

Paula S.

La puerta condenada II

“... Bueno, que se embromara. No era más que una histérica, ya encontraría otro hotel donde cuidar a su hijo imaginario...”

Pero su falsa indiferencia duró poco, no hay nada más difícil que mentirse a uno mismo. Durante el resto del día no pudo dejar de pensarse asustando a una pobre mujer, de volver a ese momento una y otra vez. Los negocios no habían andado bien, pero eso no era nada, apenas una herida superficial comparada con el desgarró interno.

Solo cuando llegó al silencio sepulcral del hotel se dio cuenta de que iba a necesitar pasar más días en ese lugar, un lugar que al principio había creído apacible y luego descubrió siniestramente callado. Dudó, no quiso quedarse imaginando toda clase de persecuciones espectrales en su mente, pero no supo qué excusa dar para no hacerlo.

Su familia y sus socios lo obligaron desde su subconsciente a hablar con el encargado. Ya en el cuarto se desvistió, destendió la cama y se acostó. No cerró los párpados en toda la noche, ni esa noche ni la siguiente, ni la otra. Al cabo de un tiempo ya no comía, no leía ni las cartas ni los diarios, de los negocios ni hablar.

El último día, ya sin necesidad de pasar tiempo ahí pero obligado por la puerta, siempre presente y vanidosamente sobresaliendo del armario. Intentó abrirla. No pudo. Antes cayó al piso sin energía, haciéndose presentes todos los días de insomnio y faltas de comida. Se había dejado morir, motivado por la culpa de matar a un niño imaginario.

Paula S.

INSTRUCCIONES PARA ESCUCHAR MUSICA:

En este caso nos referimos a escuchar música mediante un aparato reproductor, ya sea computadora, celular, mp3, etc. No se debe confundir con el acto de escuchar música en vivo, una situación totalmente diferente.

Utilizar los auriculares, con el objetivo de aislarse del mundo externo. Disponerse en posición horizontal sobre un sillón amplio o una cama, preferentemente con una (o las dos) piernas colgando hacia el suelo. En caso de no contar con los muebles citados anteriormente, situarse frente a una ventana, contemplar un paisaje o simplemente las nubes en el cielo.

Elija una canción acorde a su estado de ánimo: en un día triste, una voz melancólica aullando sobre las notas de un piano bastará para hacerlo llorar, en un día alegre debe elegirse un ritmo movido, una letra sin sentido. Finalmente el último paso consiste en dejar que los sonidos penetren en sus oídos e invadan sus tímpanos.

La Gaceta de Buenos Ayres

Otro unitario muerto bajo el poder de la Confederación

Por Paula S.

Durante la madrugada de hoy fue encontrado el cuerpo de un salvaje unitario, en las cercanías del matadero de las Convalecencia. El difunto rondaba los 20 años, y no llevaba ni la divisa punzó ni luto en su galera por la heroína.

El cadáver estaba cubierto de sangre y conservaba sus vestiduras, aunque estas últimas evidenciaban una pelea por encontrarse casi desgarradas. El juez del matadero tuvo la gentileza de explicar el acontecimiento ocurrido el día de ayer al caer el sol. Al parecer el salvaje había penetrado, desafiante, los terrenos contiguos a la casilla. Ante tal insolencia y provocación, un grupo de carniceros interceptó al cajetilla y lo despojó de su caballo. El unitario intentó resistirse pero los hombres de la federación usaron su bravura y sus cuchillos contra él. De este modo se impuso otra vez el orden del Restaurador sobre los salvajes unitarios.

MUERTE EN EL MATADERO

Por Camila P.

Muerte de un salvaje unitario

Se sabe que ha muerto un salvaje unitario por su propia ira, en el momento que estaba siendo interrogado por el Señor Juez del Matadero, en presencia de varios muchos ciudadanos entre ellos el conocido carnicero Matasiete.

El mencionado salvaje unitario se encontraba cabalgando en la zona fangosa del matadero cuando se estaban faenando los 50 animales autorizados por el Restaurador para consumo de carne de los niños y desvalidos, luego de la escasez de carne por las largas lluvias e inundaciones.

El Juez del Matadero ordenó detenerlo por no llevar la divisa, ni el luto en el sombrero por la heroína como lo ordena el Restaurador, ni estar afeitado a la federala.

El Parte emitido en el lugar indica que el salvaje se murió de ira cuando iba a ser castigado por su rebeldía.

Lía P.

Axolotl II

Por un momento pensé en estar soñando, era tanto y tanpreciado el tiempo que observaba a los axolotl, que tal vez en mi interior quería saber qué se sentía ser uno de ellos. Pero no, todo era tan real.

Me di cuenta de que quizá tenía que aceptar, y acostumbrarme a la idea de ser un animal acuático al que observaban todo el tiempo, después de todo, cuando yo era humano, amaba a los axolotl, los admiraba, los contemplaba cada día, y creía que no existía en el mundo una criatura más interesante que esa, y lo más importante, siempre imaginé que se sentiría ser uno de ellos.

Parece que la vida me puso en esta situación para que sienta en carne propia lo que es vivir encerrado en una pecera, y sin nada que hacer más que pensar.

Dejé de verlo, a sea quien sea que esté en mi cuerpo. Hasta que un día, no hace mucho tiempo, volvió. Y lo sentí, cuando me estuvo observando fija y detenidamente a los ojos, lo supe. Dentro de mi cuerpo, estaba el axolotl, aquel que observé fijamente contemplando todos sus hermosos rasgos a través del vidrio, cuando comencé a ver mi rostro en su lugar. Usaba mi cuerpo, él, lo utilizaba como un tipo de disfraz. Pero no me importó, porque al verlo a los ojos me di cuenta de que él también deseaba volver a su cuerpo. Tal vez más de lo que yo lo deseaba.

Erik G.

Final de "Axolotl"

...sin comunicación posible pero tan claramente. Yo me había convertido en uno de ellos, y resultaba tan extraño. Miraba al hombre detrás del cristal y era increíble, el hombre se fue y jamás lo volví a ver. Venían personas a verme, miles, parecía ser que era un poco raro, pero había alguien que venía reiteradas veces, es un niño, me mira fijamente, como sintiendo lo que yo sentía aquella vez. Ese día, el niño vino a verme una vez más, se quedó mirándome al menos dos horas, se acercó al cristal, y me miró un rato más. De repente, sentí la brisa del ambiente de ciudad, me había convertido en humano una vez más.

Instrucciones para comprar un libro

Primero se comienza buscando esas pequeñas casas con vidrieras en el frente, repletas de estanterías con textos, últimamente poco concurridos, comúnmente llamadas “librerías”. Una vez dentro, se debe inhalar profundamente llenando los pulmones del embriagador olor de la tinta y el papel.

Habiendo seleccionado el género del libro, uno se debe dirigir a la sección donde cree, estará el libro deseado. En caso de perderse, por favor dirigirse a la sección “AUTOAYUDA”. Una vez que se encuentre la sección, después de haberse perdido dos veces, mirar la misma sección tres y preguntar al encargado por la sección que se busca cuatro, la persona se debe posicionar de forma perpendicular a la estantería para tener una clara visión de los libros que allí se encuentran. Cuando encontramos uno que nos llame la atención, procedemos a leer la sinopsis, teniendo en cuenta que no va a suceder nada de lo que allí se detalla. Después de esto, se abre en una página cualquiera y, asegurándose de que nadie lo esté observando, discretamente oler el interior del libro. Si este presenta una mezcla perfecta entre el olor a tinta y papel reciclado, dirigirse presurosamente a la caja y comprarlo. Así habrá conseguido comprar su libro.

NOTA: Las librerías no se hacen cargo de los daños y prejuicios emocionales que puedan producir los libros comprados, como depresión post-término del libro, ansiedad post-depresión al enterarse que existe una saga, enamorarse de un personaje ficticio, etc.

Continuidad de los parques II

Él ni se percató de la entrada del asesino. El hombre del puñal se acercó lentamente hacia él, con su corazón galopando en su pecho. Con un ágil movimiento, el asesino cortó la garganta del hombre. Todo fue muy rápido. El hombre se levantó, aterrado, contempló a su homicida y cayó de espaldas, sin vida. El asesino contempló sus manos, ensangrentadas y salió corriendo, con la culpa carcomiéndolo por dentro.

Ya había pasado varios años desde el asesinato. Ahora él estaba sentado en el mismo sillón de terciopelo verde en el que antaño había estado su víctima, y la esposa de su víctima era ahora su esposa. Todo había salido como lo planearon; el homicidio, el falso duelo de la triste viuda y luego la aparición del hombre dispuesto a consolarla y desposarla. Todo era perfecto. Salvo por la culpa que lo comía por dentro y que por las noches le impedía dormir. Había robado su vida. Así que tomó una decisión. Salió de la casa y se dirigió al parque de robles. Ese día no estaba ni su esposa, ni su mayordomo. En el primer árbol, un gran y viejo roble, ató un extremo de una gruesa cuerda y con el otro hizo un lazo y lo ató colocó en su cuello. Se paró en un pequeño taburete que sacó de la cocina. Estaba temblando. Las imágenes de lo que pasó el día del asesinato pasaban frente a sus ojos. Había matado a un hombre, le había robado su vida. No podía seguir cargando con esa culpa, ya no más. Temblando, con el pecado en su conciencia y con la imagen de su víctima el día en que la mató, pateó el pequeño taburete y cayó.

El lazo

“[...] La luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.”

La poca luz que todavía entraba por la ventana hizo brillar el filo de la navaja. Un destello, un sobresalto, y las manos se tensionaron, las uñas rasguñaron inconscientemente el terciopelo verde. Por un momento tuvo esa sensación que sólo puede ser producida por una presencia humana, fue como si hubiera sentido su perfume, su calor, su respiración. Pero el miedo disminuía a medida que la narración avanzaba, atrapante y casi adictiva. Un solo movimiento de cabeza hubiese alcanzado para descubrir a un extraño en su casa. Los ojos, fieles a la trama, no abandonaron nunca las palabras del papel.

El amante no dudó, se abalanzó sobre el lector como un tigre sobre su presa. Levantó el brazo y lo dejó caer pesadamente sobre la carótida de su víctima. Las acciones se precipitaron, el lector sólo tuvo tiempo de levantar la vista, rompiendo el lazo con la novela. El amante quedó inmovilizado, suspendido en el espacio por un instante y desapareció, como si su cuerpo se hubiese convertido en un montón de pedazos de papel. Pero ya era demasiado tarde, la navaja cayó por su propio peso y su hoja dio en la arteria con una precisión mecánica.

Durante un minuto no hubo sangre. Apenas brotó una gota otra la siguió, y otra más, hasta que todas se unieron en un río oscuro como la tinta. El hombre literalmente se había deshecho en sangre. El libro se cerró.

“[...] La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela”

Se sentía consumido por el libro y más interesado en él. Sus grafemas lo envolvían como si fuera parte de sí. Sentía los pasos de la mujer que caminaba entre las líneas del relato, sentía su respiración agitada por su reciente carrera en el parque. Podía escuchar su pensamiento y ver al hombre sentado en el sillón, cada vez más cerca. Podía hasta sentir una presencia detrás de él, podía ver a la mujer en su espalda. Le asignó el rostro correcto, las mismísimas manos que imaginó sostendrían ese puñal. Corrió la hoja y estaba en blanco. Empalideció y el miedo lo heló, pues esa página estaba todavía escribiéndose. Ese libro llegaba a su fin. Lo esperaba, respiró profundo y dejó que el puñal se hundiera en su espalda, con la fuerza del resentimiento que la mujer le guardaba, con las ansias de matarlo para conseguir su libertad. En el libro aparecían las letras, una detrás de la otra, describiendo la silenciosa escena. Y se sintió el aire de libertad de la mujer, el alma del hombre muerto, la espera del amante. La historia llegó a su fin y el terciopelo manchado de rojo quedó olvidado en el fondo de un sótano, ocultando la historia de su dueño.

Mariquena D.

Axolotl II

“[...] O yo estaba también en él o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario.”

Era solo yo y el axolotl. Extrañamente me empecé a sentir como ese extraño pez, no sabía que sucedía, de pronto me encontré encerrado en el acuario, siendo otro de esos extraños peces. Había entrado en la desesperación, mis manos eran pequeñas aletas.

No era yo sino el extraño pez de la pecera. En el vidrio se reflejaba esa cara extraña y rosada. Estaba asustado. Hice marcha atrás e intenté golpear la cabeza contra el vidrio, al hacer eso desperté, sí, estaba dormido, desperté sobre el banco del zoológico. Me juré a mí mismo nunca regresar allí porque no quería imaginar que era uno de esos extraños peces.

Lucrecia Q.

“[...] O yo estaba también en él o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor, dorado de nuestro ojos que miraban la cara del hombre pegado al acuario”.

Primero puse a pensar un poco a mi cabeza, me pregunté ¿soy un axolotl o un hombre?, bueno tenía que decidir o por lo menos salir de esa fantasía, porque ya no podría seguir así. Me di cuenta cuando abrí los ojos que era un axolotl, había deseado tanto ser un hombre que me había convertido en uno, solo por unos minutos.

Seguí dentro de la pecera pensando qué hubiera sido de mi vida, claro si fuera un hombre. Me hubiera encantado; pero es obvio que como ahora soy un axolotl eso es lo que debo ser.

María Sol B.

"(...) Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviendo apenas de un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente (...)"

Estaba en el acuario convertido en un axolotl, ya no me sentía más solo porque estaba acompañado con los de mi misma especie, pero yo ya sabía que todo no iba a ser eterno pero mientras durara tendría que disfrutarlo. También, tendría que integrarme al grupo.

Al final de la pecera había una axolotl, era hermosa, en ese momento me di cuenta que me había enamorado pero sentía que no le podía hablar, no me animaba.

Luego de unas horas, estaban por cerrar el acuario y raramente me volví a transformar en axolotl pero yo no quería eso. Lo único que quería era ser un axolotl eterno y poder hablarle a la axolotl.

Rocío F.

"(...) O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraba la cara del hombre pegada al acuario (...)"

De un momento a otro me di cuenta que ya no estaba más en el cuerpo de aquel hombre y que definitivamente me encontraba del otro lado de la pecera, que el deseo de penetrar en el mundo de los axolotls a través de sus ojos dorados se había cumplido.

El tiempo pasaba y el hombre nunca más volvió, ya no tenía la oportunidad de salir de allí, no podía pensar, ni moverme, todo era inútil. Ahora tendré que esperar hasta que vuelva otro hombre que quiera conocer este mundo y poder volver al mío, pero por ahora, seguiré aguardando.

Florencia V.

"[...] O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario"

El hombre se consumió poco a poco, transformándose en lo que soy ahora. Su vicio de mirarnos no se terminaba y quitaba, de a poco, su existencia. Nadie lo oyó, fue silencioso. Nadie lo vio, fue muy lento. Nadie sintió su ausencia, llegó solo, pero ya no más. Se transformó en lo que había admirado con tanta obsesión. Me transformé. Fue imperceptible, fácil de aceptar.

Como una realidad para mí, acepté el musgo entre mis dedos, la cadencia de mi respiración entre mis branquias. Ya no existía fuera del acuario, ahora era parte del mismo. Ahora era un axolotl.

Final de Axolotl

El hombre no volvió a regresar. Pocas veces veía personas observándonos, pero sin interés. Una mirada de desprecio, no como la mirada hacia las peceras de enfrente. Peces que nadaban en ninguna dirección, nadaban solo por nadar, vacíos como cuerpos sin alma. Nosotros no nadábamos. Sabíamos que no valía la pena el esfuerzo. Íbamos a vivir así, viendo pasar gente frente a nosotros.

La comunicación entre nosotros mejoró. Al pasar los años empecé a saber que había sucedido con cada uno de ellos. Uno era como yo, un inocente joven que admiraba a aquellas criaturas, mejor dicho "nos admiraba". Otros eran personas, más bien sus almas. Dicen que cuando mueres tu alma reencarna en otro cuerpo, el cuerpo de un axolotl. Los que restaban eran personas que en su otra vida habían sido axolotls. No anatómicamente, pero fueron aquellas que inutilizaron su vida, no hacían nada y no les importaba nada.

Pero después de todo todos teníamos ese destino, ser reemplazados por esa criatura insignificante y rara, que lo único que la hacía parecer viva era ese destello dorado en sus ojos, su alma.

Joaquín R. V.

FINAL CONTINUIDAD DE LOS PARQUES:

Al ingresar a la casa, se encontró con un hombre sentado en el sillón. Trató de entrar sin hacer ni el más mínimo ruido, para que éste no lo viera. Pero se terminó dando cuenta. Cuando se miraron cara a cara, notaron que eran los mismos. Luego de un momento de incomodidad, comenzaron a pelearse, terriblemente, por el solo hecho de que uno quería matar al otro y además, de no entender lo que pasaba. El resultado fue el menos esperado, el que nadie se hubiese imaginado. Ninguno salió con vida.

Y quien iba a decirlo... Que este importante multimillonario, iba a morir de la peor forma, asesinado, por él mismo.

Axolotl II

(...) Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndose apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente. Podía sentir el musgo del fondo del estanque bajo sus patas, casi humanas, de axolotl. Afuera de la pecera, un hombre me miraba extasiado, casi hipnotizado, con su cara pegada al vidrio del estanque. El hombre se sobresaltó saliendo de su trance, miró hacia los costados y se alejó, así como si nada. Con mis ojos de axolotl lo vi alejarse, sin poder impedirselo.

Luego de un tiempo de no poder hacer nada más que flotar en el estanque, inmóvil y expectante. Más gente fue llegando poco a poco, algunos miraban un rato y después se iban desinteresados, otros golpeaban el vidrio del estanque con intención de hacer que nos moviéramos, con el único resultado de producir un insufrible sonido.

Pasaron los días sin ver al que antes había sido yo. Cuando lo vi sentí una mezcla de alivio y miedo. Él se sentó en el banco situado frente a nuestra pecera. Comencé a tener sueño. Todo empezó a ponerse negro.

Cuando el guardia del acuario me tocó, desperté. Todo había sido un sueño. El alivio y la nostalgia me asaltaron, ambos con la misma intensidad.

Final "Axolotl"

"Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un axolotl inmóvil frente al vidrio".

Y de repente ese axolotl comenzó a hablarme, no movía su boca ni se escuchaba su voz, pero yo entendía muy claramente lo que me decía. Tanto tiempo observándolos, tantas veces intentando comunicarme con ellos a través de sus miradas doradas y frías que salían de sus ojos sin expresión hacia los míos, y ahora encontraría las respuestas de ese algo que se volvió mi obsesión.

Y ahí estaba, ese axolotl hablándome, preguntándome todo lo que yo quería saber de él. Me preguntó por qué iba siempre al acuario, y además por qué iba siempre solo. Me dijo que me había estado observando mirándolos del otro lado del vidrio durante horas. Se preguntaba en qué pensaba yo, en por qué dejaba pasar las horas así, inmóvil, mirando la pecera con axolotls. Me dijo que me esperaba siempre, que ya conocía mis gestos. Todas las noches ese axolotl imaginaba mi destino, tirado en mi cama, pensando en ellos. Me había vuelto parte de su vida, me esperaban a diario.

Y finalmente, después de asistir todos los días al acuario, ayer, tuve fiebre y no pude ver a los axolotls; pensaron que ya no volvería. Por eso hoy, mi axolotl, al que siempre yo observaba tan detalladamente, se decidió a hablarme; a contarme todo esto y a pedirme por favor que haga que los demás hombres conozcan a los axolotls, que sepan cómo piensan y sienten. Y fue así, como escribí este cuento.

Instrucciones para dormir

El sueño es algo necesario en toda persona, de lo contrario, no podríamos dar el máximo rendimiento al día siguiente. Según varios expertos (y personas para nada expertas también) el sueño ideal debe ser de 8 horas, pero seamos sinceros, al menos que seas un desempleado o te encuentres en época de descanso, difícilmente podríamos llegar siquiera a las 7

Para lograr el sueño máximo, primero y principal hay que buscar un lugar cómodo donde podamos apoyar y en lo posible recostar nuestro cuerpo. Muchos usan un sofisticado invento el cual consiste en una estructura de madera o metal sobre la cual se apoya una especie de saco relleno con un material blando que encaja perfectamente en la estructura mencionada. A este invento lo llamaremos cama. En el defecto de no tener una cama, podemos usar un sillón o amontonar telas o lanas de manera tal que nos sintamos a gusto estando recostado sobre eso

Una vez tengamos el lugar físico, hay que acondicionar este. La iluminación tenue o nula ayuda bastante. Es sabido que mientras se realiza el acto de dormir uno no se mueve, a menos que se sufra de sonambulismo. En consecuencia a eso, el cuerpo no produce calor, así que es bastante recomendable tener una tela para cubrirnos y de esa manera conservar calor

Ahora hay que proceder a acostarse y relajarse. Libere su cabeza de malos pensamientos y en lo posible de todo tipo de pensamiento, de tal manera que pierda la noción del tiempo y el espacio en el que usted se encuentra. Si se ha realizado exitosamente los pasos citados, habrá logrado dormir.

Como consejo final, preste atención en la posición que pone el cuerpo para dormir, ya que si esta no es la adecuada, al día siguiente podrá despertar con dolores musculares.

Instrucciones para leer un cuento de Cortázar

Suponiendo que ya ha conseguido el libro o historia que le interesa leer, va a sentarse en un lugar que usted considere tranquilo y se pondrá a gusto. En el caso de tener problemas de visión lo más recomendable es conseguirse unos anteojos.

Ármese de paciencia y prepárese para ser frustrado, pues la sensación que usted va a sentir mientras este leyendo una historia de este autor nunca la va a olvidar. Sin importar el relato que usted haya escogido, es más que seguro que quedara con una sensación de "final abierto", algo que a muchos lectores les resulta molesto. En un intento desesperado de cerrar la historia, va a releerla, en algunos casos hasta 3 o más veces.

Luego de las relecturas, notara ciertas características que diferencia este relato de otros que haya leído antes. Sentirá que hay dos mundos totalmente paralelos y diferentes, los cuales no tienen nada en común, excepto un objeto, el cual los conecta y provocara una sensación de ambigüedad que probablemente lo deje a usted más molesto. Relájese y prosiga.

En un intento desesperado de buscar cerrar la historia, o quizás solamente darle explicación a un hecho sin explicación que fue planteado en la historia leída, va a buscar resúmenes, trabajos prácticos, en fin, buscara ayuda y opiniones de otros lectores. Llegará a la conclusión de que no le podrá dar una explicación por el simple hecho de que es un cuento de Cortázar.

Ahora tiene dos caminos, puede auto-convencerse y resignarse, aceptando la idea de que la historia es inconclusa, o puede inventar su propio final. Si usted eligió la segunda alternativa, un ejercicio que puede realizar es suprimir el último párrafo de la historia en cuestión e inventar su propio final. Esto es algo no recomendable, ya que la frustración de inventar un nuevo final puede ser mayor a la frustración de simplemente haberse resignado y aceptar que la historia era inconclusa

Sin importar cuál de las opciones escogió (resignarse y aceptar el final o inventar un nuevo final), usted ya habrá leído con éxito un cuento de Cortázar.

Naymé C.

Axolotl

De la forma que sea ya no me sentía tan solo, inexplicablemente me unía a los pensamientos más profundos de mis compañeros de celda, seguía obsesionado con esos ojos de luz, que una vez llegaron a brillar en todo mis ser, sólo que ahora, siendo un extraño axolotl, los sentía más penetrantes. De vez en cuando me observaba a mí mismo fuera de esa pequeña y húmeda cárcel de cristal, intentando comprender el misterio de esas piedritas de oro que lo miraban fija y detenidamente a su interior, este misterio, nuestro misterio, era mucho más interesante que su imaginación.

Pasaban los minutos y mi ser lo único que precisaba era su recuerdo. Por razones comprensibles dejó de visitarme, y no lo vi más, no me vi más... fue como perder una parte de mí, como una armonía tan perfectamente creada interrumpida, de repente, por un sordo ruido, un dolor espantosamente aliviante, ya no sentía tantas dudas, ni incertidumbre hacia lo inexplicable. Siguieron viniendo personas que se acercaban y creaban un enigma en su vida, sin embargo ninguna fue capaz, -para su suerte- de introducirnos en su esencia, y formar parte de nosotros. Terminé pensando y creyendo que él había sido el último, y jamás volvería a sentir una relación tan íntima. Resignado sólo espero que no se haya olvidado de mí, y también de sí, sólo espero que un diminuto rincón de su ser, el cual alguna vez me perteneció, siga recordándome, recordando a los axolotl.

Paula S.

“...o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario...”

Ese espíritu de comunidad, de compadecimiento mudo al que pasa por lo mismo, quien en definitiva es lo mismo, como eternos compañeros de celda condenados a ser una unidad. Pero ser uno y comprenderse sin comunicación no es nada sorprendente, y lo peor es que no ayuda a sobrellevar el tiempo a través del agua. Y es esa empatía, ese conocimiento del otro, lo que vuelve a las palabras obsoletas. La capacidad de predecir cada futuro movimiento, hace que moverse pierda sentido. Y cuando todo pierde sentido solo queda pensar. Pensar como un consuelo a la eternidad, pensar en que alguna vez fui algo más.